

de la misma teología, las doctrinas heréticas tienen reyes que han peleado en las Navas de Tolosa, para luchar y morir por ellas; la ironía mas acerba entra en el seno de las artes mas piadosas; la pintura y la escultura se vuelven hácia los modelos paganos; las mismas Universidades pontificias se erigen como rivales de los monasterios; brota el cisma en Oriente y en Occidente; excomulgánsese entre sí tres ó cuatro Papas á un mismo tiempo nombrados, como aquellos Emperadores romanos de la decadencia; hablan las Asambleas revolucionarias que, llamándose Concilios ecuménicos, buscan una Iglesia nueva en la antigua Iglesia; los laicos piden la comunión bajo las dos especies como los sacerdotes; la conciencia humana se hincha de savia primaveral, y las tierras europeas se desgarran como unas entrañas que paren: hé ahí la revolución.

Esta revolución seguirá y obedecerá á las leyes sociales, teniendo una reacción promovida por San Ignacio de Loyola, sustentada por la orden de los jesuitas, que tenderá á destruir el criterio del pensamiento libre en las ciencias filosóficas, el criterio de la observación y de la experiencia en las ciencias naturales, la secularización del Estado en la política, la obra del Renacimiento en las artes, la reforma en la religión, fundando así un ultramontanismo de tal suerte exagerado y violento que muchas veces ha debido encontrar grandes oposiciones en el seno mismo de la Iglesia y en la persona misma del Pontífice. Cuando se estudia profundamente la revolución religiosa y se ve que ha tenido como todas las revoluciones su preparación, su estallido, su combate, su retroceso y luego sus soluciones, persuádese el ánimo mas embargado por la superstición de que es uno de esos grandes movimientos sociales, que á toda la vida atañen, y con los que deben contar filósofos, sabios, políticos, historiadores, artistas, cuantos cooperan á formar una sociedad, si no quieren levantar sus obras en el aire y quedarse fuera del espíritu de su siglo. Vamos, pues, á ver la revolución y la reacción religiosas en sus cuatro grandes personificaciones: Savonarola, Lutero, Calvino y San Ignacio.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

DECADENCIA DEL PONTIFICADO

En el siglo undécimo constituyó Gregorio VII la supremacía material del Pontificado, complemento necesario de la supremacía religiosa. En el siglo décimotercio llegó esta supremacía memorable á toda su latitud y subió á su zenit en Inocencio III. Desde el siglo décimotercio comenzó su decadencia por una serie de descomposiciones, análoga ciertamente á la serie de composiciones que lo elevaran y engrandecieran. Todas estas entidades sociales mueren como los organismos por una interior corrupción. La vida, que latía en ellas; el espíritu, que las animaba; la luz misma, que las esclarecía, se escapan tristemente de su seno, dejándolas como exánimes y yertas. Y á medida que se descomponen así, la sociedad, como la naturaleza, jamás cansada ni fatigada de producir nuevas creaciones, compone otras entidades sociales capaces de sustituir á las decaídas y descompuestas, que va en sus olas arrasando continuamente el tiempo. Dos fuerzas hemos visto en la escena de la historia desde el siglo quinto al siglo décimotercio; una que descompone la sociedad antigua y otra que compone la institución pontificia. Pues dos fuerzas veremos desde el siglo décimotercio al siglo décimosexto; una que compone la revolución religiosa y otra que descompone las grandes instituciones pontificias. ¡Extraña suerte la de todas estas grandes personalidades históricas, que viven tantos siglos y que educan á tantas generaciones! El Pontificado nació para contrastar al feudalismo; y en cumplimiento de este ministerio histórico, bautizó y ungió á las monarquías. Y cuando el feudalismo, su enemigo, se

debilitó y cuando las monarquías sus siervas ó sus hijas, crecieron, inicióse la irremediable descomposicion y decadencia del Pontificado.

Señalamos el comienzo de esta decadencia en el siglo décimotercio, despues del gran pontificado de Inocencio III; pero faltaríamos á la exactitud y á la verdad históricas, si no dijéramos que varios hechos del siglo anterior anuncian ya y señalan la nueva crisis histórica, en cuyo término brotará la revolucion religiosa. Dos almas gemelas se alzaron por aquellos tiempos, y recorrieron, mutuamente apoyadas una en otra, sus tempestuosos horizontes; el alma de Abelardo de Francia y el alma de Arnaldo de Brescia. Este es la accion, aquel la idea; este la política, aquel la ciencia; este la plaza, aquel la escuela; este la república, aquel la filosofía; este la democracia moderna en sus comienzos y aquel la conciencia libre en sus albores; este la práctica y aquel la teoría de la revolucion; este la forma y aquel la esencia de una nueva sociedad que se dibujaba prematuramente, á guisa de arrebolada utopia, en tiempos bien poco dispuestos á recibirla y que debian por lo contrario devorarla, como devora la noche el fugaz aerolito que interrumpe la uniformidad de sus tinieblas.

¡Trágica historia, en verdad, la historia de estos dos hombres, perseguidos por el mismo destino, y llamados á sucumbir bajo el peso incontrastable de la fatalidad como todas aquellas almas que se adelantan á su siglo, olas refrescadas por los límites del tiempo, tan tenues pero tan poderosos como los límites de arena que detienen y avasallan á las embravecidas olas del mar! Abelardo nace en las clases aristocráticas con vocacion á la ciencia, cosa extraña para aquellos tiempos, en que la aristocracia se consagraba á la guerra, y la ciencia se reclusa en los conventos. Grande novedad, un laico, un jóven, yéndose por las escuelas monásticas á disputar con los doctores de la ley sobre los problemas relativos á la teología, en cuyos senos se encerraban ya los gérmenes de la ciencia. Como maravilla brillaba, como verdadero milagro aparecía aquel mozo extraordinario, bastante despreocupado para darse á las letras en vez de darse á las armas, para ir á las escuelas judías en vez de ir á las escuelas eclesiásticas, para disputar con los doctores en vez de temerlos y adorarlos, para saber el griego y el hebreo como cualquier hechicero venido de las regiones orientales en vez de saber tan solo el latin litúrgico de la

Edad media. A la elocuencia de su palabra y á la prestancia de su persona uníase su inspiracion inagotable, que brillaba tanto en los períodos de sus discursos acompañados por los vítores del pueblo como en las cadencias de sus canciones acompañadas por la guzla y por la cítara de los primeros trovadores. Su ciencia no parecia, no, á la ciencia monástica concebida en los retiros y apartamientos del claustro, sino á una ciencia humana, concebida en medio del mundo y vivificada por las llamas del amor. Así los pueblos le seguian y las mujeres lo adoraban. Bajo el sayal de la penitencia, bajo las puas del cilicio, entre los pliegues de la mortaja monástica, sentíase latir ya la naturaleza eterna y el pensamiento libres, despertándose como de un largo y profundísimo sueño. La voz de aquel jóven lanzó á las calles, á las casas, al seno de las familias, al corazon de las mujeres, á las muchedumbres, las ideas reservadas en los santuarios inaccesibles del monacato. Merced á él bebió el pueblo en los cálices de oro el vino de la misa, y experimentó calor nuevo en sus venas enardecidas por esta infusion inesperada de ideas. Grande fué su poder moral y su influjo científico, pero corta y menguada su fortuna. Quiso naturaleza poner en todas estas almas que vuelan, y en todos estos ingenios que brillan, y en todas estas voluntades que batallan, y en todas estas palabras que revelan, no sé qué mezcla de mal y de desgracia, como para recordarles su frágil naturaleza humana y su triste union á la tierra. Abelardo sedujo á la jóven, hermosa y sabia sobrina del canónigo Fulberto, la célebre Heloisa, burlando la confianza que en su lealtad pusiera, con bien escaso conocimiento de las pasiones de la juventud y de sus ardores, aquel receloso eclesiástico. Castigáronle horriblemente; y anduvo de retiro en retiro, de claustro en claustro, maldecido por los concilios, apedreado por los pueblos, puesto casi fuera de la Iglesia por el Papa, temblando de su propia obra, temiendo de su propio pensamiento, amenazado de que lo envenenaran hasta en la hostia consagrada, constreñido á quemar sus libros y á renegar de su doctrina, muriendo tristemente, sin mas consuelo que las cartas de aquella inmortal Heloisa, separada materialmente de él por la desgracia, pero á él unida eternamente por una pasion inextinguible.

El hombre de accion, Arnaldo de Brescia, fué tan desdichado, pero no tan débil como Abelardo. Elocuente tambien, su palabra tenia clásica concision y

penetraba fácilmente en el ánimo de las muchedumbres. Representaba, como ya he dicho, las consecuencias prácticas y políticas de las ideas y de la ciencia del filósofo. Encontróle en París y fué tan fiel á su amistad, como Heloisa á su amor. Por vez primera en la historia de la Edad media se enlazan y armonizan el pensamiento libre y la libre democracia; por vez primera se reunen la idea científica y las prácticas políticas como el alma y el cuerpo. Ninguna pasión mundana turbó la vida de Arnaldo. Desposóse su corazón desde la niñez con la República y por la República supo morir y para la República vivir solamente. Hubiérasele creído un Graco envuelto en la estameña de un monje. Bajo su capucha centelleaban unos ojos animados por la llama del pensamiento y entre sus luengas barbas vibraban unos labios movidos por el impulso de la libertad. A la energía lombarda aunaba la elocuencia y la flexibilidad latinas. Presentábase, en medio de aquel mundo extraño, donde todas las conciencias obedecían al Papa, todas las voluntades al emperador, al rey, á los señores feudales; donde la guerra engendraba su hija natural y legítima la tiranía; como un reivindicador de la libertad, como un apóstol de la democracia, como un santo tribuno de la República, en cuyo favor unía la sombra de los mártires católicos y de los héroes paganos, las máximas del Evangelio y de la ciencia, las voces exhaladas de las catacumbas de San Sebastian y de San Calixto con las voces exhaladas de los sepulcros de los Horacios y de los Curiacios, las visiones del foro y las visiones del claustro, las palabras de Cayo Graco en el bosque de las Furias y las palabras de Jesucristo en el sermón de la montaña, anatematizando á los Papas reyes como los Profetas de Jerusalem á los Baltasares y á los Sardanápalos ó como los poetas de Roma á los Claudios y á los Nerones, hasta concluir en tal porfía por levantar al pueblo y hacerle en algunos momentos creadores dueño y poseedor de sus derechos.

Memorable aquel hombre en el Capitolio, en la sagrada colina, cabeza de la tierra, corona del antiguo derecho, fuente de la autoridad, reina de todas las ciudades, á cuyos pies se extendía el foro y se terminaba la Vía Sacra; sobre cuya cima tronaba el Júpiter de oro en el templo mas grandioso de la antigüedad; sin arcos ya, sin pórticos y sin estatuas; cargada de ruinas de mármol entre las cuales acaso se encontraba la ruina misma de la tribuna

romana, cubierta por la ortiga, por el jaramago y por la cicuta; sin senadores y sin cónsules, sin tribunos y sin Césares; oyendo, en vez de los clarines que anunciaban á los vencedores de cien pueblos, las campanas que tañen por los muertos y recuerdan sus penas y sus pecados á los vivos; monumento de tristezas eternas, cordillera de destrozados despojos, testimonio triste de las mudanzas históricas, donde un romano antiguo, perdido en el mundo de la Edad media y amortajado en el hábito monástico, pedía á los abismos del cielo cristiano y á los abismos de la historia romana, cualquier milagro religioso ó político, capaz de fundar la libertad y la República.

Su predicación fué tal que los Papas huyeron de Roma; su fortuna tanta que logró fundar las instituciones republicanas en aquella tierra, por tanto tiempo adscrita, como una propiedad inmóvil, á las autoridades teocráticas. No, no se levantaba la República como bajo aquellos patricios de los siglos inmediatamente anteriores, que la querían semi-feudal y semi-oligárquica; levantábase en los moldes dejados por el antiguo mundo romano, pero espiritualista, evangélica, democrática, llena de unción piadosa, juntando en su seno las revelaciones de la religión y los derechos del pueblo. En el Papa respetaba con religioso respeto al jefe visible del catolicismo, á la eterna cabeza de la Iglesia, al sucesor de tantos Pontífices, al vicario de Cristo; pero no al rey, no al que llamándose depositario de las verdades evangélicas se ceñía una corona de diamantes para representar y personificar á un Dios que solo había llevado una corona de espinas. Estas predicaciones, dichas con voz elocuente, en palabras severas, uniendo la elocuencia clásica con la elocuencia eclesiástica, despertaban al mismo tiempo en el corazón del pueblo-rey los afectos de su dignidad histórica y los afectos de su fe religiosa, contra sus dominadores los Papas, tanto mas heridos cuanto que los vulneraba una palabra nacida de la exaltación mas ardiente y sustentada por la virtud mas efusiva y mas piadosa.

Enemigo igual tuvieron el hombre del pensamiento y el hombre de la acción, el filósofo y el tribuno. Fué este San Bernardo, alma de las cruzadas, consejero de los reyes, mantenedor de la estabilidad social, árbitro en las discordias de los caballeros feudales y en los cismas de la Iglesia católica, que renunciara á todas cuantas sugerencias le hicieran para ceñirse la mitra